

OBJETO Y METODO DE LA ECONOMIA (*)

En mi elección de tema para hoy, temo haberme expuesto a dos serios inconvenientes: resultar aburrido y presuntuoso. Las especulaciones sobre metodología son famosas por su monotonía y su prolijidad. Ofrecen una gran oportunidad para la lucha sin cuartel; las demandas de las facciones contendientes no están sujetas a un arbitraje determinado, y la victoria, aun en el caso de que pudiera establecerse, se supone que no beneficiará a la ciencia. La esterilidad de las conclusiones metodológicas es a menudo un complemento de la pesadez que significa alcanzarlas.

Considerado como un pelma, el metodólogo no puede refugiarse en la modestia. Por el contrario se mantiene firme y dispuesto por propio convencimiento a dar consejos sobre cuestiones muy diversas, a criticar el trabajo ajeno, el cual, sea o no meritorio, intenta al menos ser constructivo; se considera intérprete final de los esfuerzos pasados y dictador de los futuros.

Mi inmodestia se pone de manifiesto con ocasión de esta asamblea. Como economistas, nos sentimos singularmente satisfechos de esta reunión de la British Association en Cambridge. No necesito hacer resaltar la singular contribución que esta Universidad ha aportado a los estudios sobre economía en los últimos tiempos; los nombres de los grandes maestros ya fallecidos y de los todavía vivos, están en nuestras mentes. Y yo, nevato procedente

(*) Publicado bajo el título *Scope and method of Economics* en "The Economic Journal", septiembre 1938, págs. 382-412.

(1) Mensaje de la Presidencia a la Sección F de la British Association. Cambridge, agosto de 1933.

de una Universidad, que, aunque cuna de venerados economistas —pido perdón por nombrar a Locke, Senior, W. F. Lloyd y Édgeworth—debe reconocer en la actualidad su estado de dependencia, me atrevo a dictar una ley en este santuario. En la esfera de la metodología, los economistas de Cambridge han contribuido mucho lo mismo por sus trabajos mayores como con documentos ocasionales. Debo también referirme al clásico tratado sobre "Objeto y Método", del doctor John Neville Keynes, quien, afortunadamente, está todavía entre nosotros.

Como una pequeña circunstancia atenuante, puedo mencionar que después de graduarme en Oxford, fui discípulo de Mr. Maynard Keynes durante un período brevísimo pero extremadamente estimulante. Y es para mí una fuente de orgullo y placeres especiales que después de la primera reunión de la Asociación en Cambridge volviese a visitarle en su honroso puesto.

Mi excusa principal para elegir hoy la metodología, es que siento una fuerte urgencia de decir algo. También el momento parece oportuno. Los escritores ingleses se han mostrado, por regla general, juiciosamente circunspectos acerca del asunto; pero últimamente se ha producido alguna especulación a este respecto. Véase el brillante ensayo del Profesor Robbins. Lo que me diferencia de él en ciertos asertos, se pondrá de manifiesto; su exposición efectiva y concluyente de muchas mentiras populares respecto a la naturaleza y suposiciones de la teoría pura, alivia mi carga considerablemente. El Profesor Fraser ha contribuido con varios artículos importantes, y su libro "Pensamiento y Lenguaje de la Economía" linda con la metodología. Últimamente aparece la "jeremiada" de Mrs. Wootton (2). Como resultan inaceptables sus desmesurados reparos a nuestro tema, confío en que una ponderada exposición de sus logros y utilidad servirá de escudo contra sus dardos. Lo más triste de todo me parece su poco apetitoso programa para el desarrollo futuro de la economía.

Creo conveniente una advertencia al comenzar. En vista de la progresiva intensificación de los estudios económicos en este país, podría parecer oportuno trazar líneas o dar indicaciones para con-

(2) "Lament for Economics". Véase la introducción de "Political Arithmetic", del doctor Lancelot Hogben.

seguir el mayor aprovechamiento del trabajo a hacer. Tal intento sería desde luego presuntuoso y entroncaría con el apropiado procedimiento metodológico. Los principios por los cuales se obtienen progresos en una ciencia, sólo pueden alcanzarse observando tales progresos. No pueden deducirse a priori o prescribirse por adelantado. Hay, sin duda, ciertas reglas lógicas generales a las cuales está sujeto cualquier avance en el conocimiento. Su estudio es lógico en sí mismo. Cada ciencia o disciplina tiene sus limitaciones y condiciones especiales; su método de progreso tiene sus propias características; dentro del amplio campo de las posibilidades lógicas, se seleccionan algunas como especialmente adaptables a sus problemas; esta selección es la que concierne a la metodología. Y por esta razón, el metodólogo está destinado a marchar detrás, no en vanguardia. Estudia la naturaleza específica de los principios seleccionados, después que se haya hecho la selección. Los métodos, desde luego, cambian de una a otra vez; pero el que trabaja en problemas especiales puede, probablemente, juzgar mejor que el metodólogo la línea que convenga seguir. La contribución de este último es menos directa.

Cuando se empeñan en adoptar una posición de vanguardia, es cuando los metodólogos están más expuestos a caer en controversias estériles. La escuela histórica riñe a la deductiva, y ésta a las anteriores. Se idean lemas y gritos de combate. Los "institucionalistas" aparecen en escena. Estas escuelas rivales se esfuerzan en señalar cuál *debería* ser el método económico. La función del metodólogo es o, más estrictamente, ha sido hasta ahora decir cuál *es*, de hecho, el método. La réplica apropiada y final al reformador en ciernes es: "Deje las palabras y haga el trabajo; aplique su método y, si resulta eficaz, podrá usted ofrecer sus resultados."

A primera vista, esta negación del metodólogo, podría parecer que era aceptar públicamente lo que ha sido siempre la interna sospecha del adelantado; a saber: que él es un ser totalmente inútil. Quien trabaja en vanguardia está inevitablemente influido por los métodos con los que ya se han conseguido buenos resultados, porque de éstos puede esperarse conseguir más; los medios fáciles se recogen. Volviendo sobre el pasado y haciendo una estricta ins-

pección, el metodólogo puede modificar considerablemente esta influencia del pasado sobre el presente. Por ej., por medio de un minucioso examen de las suposiciones, puede demostrar que, en principio, existen ciertas limitaciones a la productividad de un método dado, y que éste ya ha producido todos los resultados que permiten sus suposiciones. O bien, puede demostrar que las proposiciones que usualmente se idean para constituir conocimiento constructivo, no lo constituyen, sino que consisten esencialmente en las definiciones de los términos empleados. O también, puede demostrar que conclusiones presentadas a menudo como fruto de un razonamiento deductivo, fueron sugeridas por la observación de los hechos y que no tienen otra base, siendo las premisas utilizadas en la demostración pedagógica hipótesis no fundamentadas en otra cosa. Estos comentarios pueden alterar el sentido de la proporción del que trabaje en vanguardia y la confianza que implícitamente ponga en determinados medios. Pueden darle una mayor comprensión de la naturaleza de las anteriores consecuciones, y así influirle insensiblemente en sus tanteos hacia nuevos descubrimientos. Hacer esto es cosa muy distinta que tratar de marcar las líneas con las que se "debería" trabajar.

Esta sobrevisión de la economía está limitada a lo que pudiéramos llamar su aspecto científico—pongamos por caso, la formulación de leyes y máximas generales. Naturalmente hay muchas más cosas que conciernen a los economistas. La simple descripción de instituciones, recopilar estadísticas y presentarlas en forma informativa. Un estudio de esta clase puede considerarse como historia económica contemporánea. Entraña graves problemas de metodología que no se estudian aquí.

No debe inferirse de aquí que este artículo trata sólo de la llamada economía deductiva. Todo lo contrario. Su fin es poner de relieve las limitaciones de la deducción y la importancia que tiene la observación de los hechos. Estos pueden observarse por su interés intrínseco, o para establecer o destruir algunas generalizaciones. Este es el tipo de observación que cae dentro de esta sobrevisión.

A este respecto puede ser una ayuda diseñar algunas conclusiones amplias que el razonamiento consiguiente pretende establecer.

Una afirmación por adelantado de este tipo puede hacer más fácilmente inteligible el curso del argumento.

Me propongo dividir lo que comunmente está considerado como la teoría pura de la economía tradicional en dos partes marcadamente distintas. Creo que ha surgido algo de confusión por haberse fracasado al hacer este distingio. Por un lado, está la teoría del valor y la distribución; por el otro, la máxima de que los recursos productivos deberían distribuirse entre los usos de forma que diesen un producto neto social equi-marginal (3).

La teoría del valor y de la distribución busca mostrar cómo un número de circunstancias consideradas como dadas (los datos fundamentales)—por ejemplo, las preferencias y capacidades de los individuos y los recursos disponibles—sirven para determinar una estructura de la producción y de los precios. Si ocurre un cambio en esos datos, la teoría manifiesta capacidad suficiente para predecir las consecuencias, dentro de ciertos límites, en la estructura precios-producción. Esta capacidad de predicción implica que tenemos disponibles ciertas leyes generales referentes a la sucesión de acontecimientos—leyes causales, de hecho—. Se pide para ellas la demostrabilidad rígida. Como las leyes se refieren a la sucesión de fenómenos, deben tener una base empírica; y como los fenómenos de la economía son sumamente complejos e irresponsables para tratarlos científicamente, es una paradoja el que las leyes derivadas de su estudio deban tener un grado tan alto de certeza como se las exige.

La paradoja se resuelve cuando consideramos que las leyes en cuestión pueden deducirse de un solo principio (4), basado el mismo en la experiencia, pero sobre una experiencia de mucho más alcance que la dada por el estudio de los mercados y los precios y que se extienden hasta las primeras fases de la existencia consciente del hombre—a saber, la Ley de la Utilidad decreciente y la Ley de la Demanda, para definir las ahora con más precisión. La experiencia es tan vasta, que el principio puede tomarse como un axioma con el más alto grado posible de probabilidad empírica.

(3) Véase "Economics and Welfare", del profesor Pigou. 1.^a edición, parte II, cap. 2, Sección 5.

(4) Véase "Nature and Significance of Economic Science", del profesor Lionel Robbins, págs. 77-82.

Pero, en contraposición a este alto grado de probabilidad, del principio y leyes deducidas de él, debe considerarse su grado complementario de generalidad. El grado de generalidad es, evidentemente tan grande, que, debo declarar, que el poder de predicción que permiten es casi nulo.

Los economistas, hasta los más teóricos, se han inclinado a dar consejos tomando como base las teorías. Creo que los economistas dirán que muchos de los consejos así dados desde Adam Smith, han sido valiosos. Recuerdo un tipo de consejo de esta clase, aunque con esto no cubro todo el campo, y es la recomendación de la Libertad de Comercio. En seguida se le ocurriría al crítico preguntar: ¿Cómo si es verdad que las leyes de valorización y distribución son tan generales que sólo tienen un poder casi nulo de predicción, puede justificarse tan copioso despliegue de propuestas consultivas, basadas en la teoría pura?

La respuesta, es que esas prescripciones están basadas en lo contrario a lo que comunmente se considera teoría pura. Se derivan de la máxima de que los recursos productivos deben por esto distribuirse por usos de forma que produzcan un producto neto social equimarginal. Debe estudiarse la naturaleza y justificación de esta máxima.

Para poder derivar de ella preceptos que sean aplicables al mundo real, es necesario algún conocimiento de este mundo. Este conocimiento sin embargo, no se relaciona en principio con las secuencias causales ni consiste en un a mera enumeración de características y acontecimientos especiales. Surge más bien, de un cuadro simultáneo o sobrevisión del campo económico y el trabajo principal del cartógrafo es su análisis y clasificación. Este trabajo analítico hace falta tanto como preliminar al diseño del mapa, como para las deducciones de leyes causales específicas procedentes de la Ley de la Demanda. Me atrevo a lanzar la idea de que esta identidad del plan de trabajo, es la que ha oscurecido la distinción fundamental entre el establecimiento de conclusiones relativas a las secuencias causales que tienen poder predictivo por una parte, y una recopilación comprensiva pero simultánea del total del campo, del que depende la validez de las prescripciones, por otro lado.

Considero esta división del análisis en dos partes importan-

tes: I) Porque concilia todo el copioso ordenamiento de los preceptos económicos con el poder muy limitado de predicción; II) Porque solamente por medio de ella las fundamentaciones empíricas de nuestras proposiciones pueden con propiedad ponerse de manifiesto. Debería añadir que las recientes especulaciones metodológicas parecen dar mucha importancia a la parte representada por la teoría general del valor, y demasiado poca a la máxima equi-marginal, de gran importancia en la historia del pensamiento económico.

Recientemente los economistas han tenido la ambición muy justificada de conseguir mayor conocimiento de las secuencias causales que la que se deduce a partir de la Ley de la Demanda. Los fenómenos del ciclo han sido un estímulo de importancia particular en esta dirección. Pero una vez que abandonan el plano de alta generalidad que corresponde a aquellas deducciones, sus generalizaciones pueden tener un grado de probabilidad mucho menor. Todas las dificultades asociadas a la naturaleza compleja e irresponsable de los fenómenos que tienen que estudiar, salen a la superficie. Deben despedirse para siempre de sus pretensiones de certeza, pretensiones que podrían tener mientras permaneciesen dentro de los confines de su sistema geométrico. De ser una de las ciencias más exactas, aunque estrechamente circunscritas, la economía de la necesidad pasa a ser una de las más conjeturales.

Con todo, la conjetura del observador preparado puede ser valiosa. En períodos recientes, los economistas han ofrecido consejos tomando como base sus conjeturas en este dudoso campo. A este apartado, pertenecen muchas de las recomendaciones referentes al control del ciclo; están basadas en propuestas referentes a las secuencias causales no derivadas de la Ley de la Demanda; es por esto por lo que, hasta cierto punto, son conjeturales. De aquí, el reciente conflicto de prescripciones, sobre el que tanto se ha hablado. Así nos encontramos con la transición de la unanimidad de opinión, común en la última centuria, de la cual es un buen ejemplo el Libre Comercio, a los desacuerdos actuales. Lo antiguo estaba basado en el modelo analítico, sin referencia ninguna al acontecimiento causal; este último está basado en las propuestas necesariamente conjeturales de la teoría del ciclo, la cual debe

hacer uso de tales referencias, y son conjeturales precisamente porque están vinculadas a estas referencias.

Pero el nuevo dominio de la conjetura, aunque pueda derivarse del antiguo conocimiento por su posición de central interés en la mente del economista, no invalida este conocimiento. Sería una gran pena, que la naturaleza contradictoria de las prescripciones del nuevo tipo, las cuales pueden realizar los economistas, aunque sin seguridad de certeza, desde el momento que tienen que atenerse a actuar como mejor les sea posible, mine la autoridad de las opiniones dadas tomando como base el modelo analítico.

Voy a proceder ahora a un examen más detallado. Lo que queda se divide en cuatro partes. A la primera la llamo el criterio económico, y trata de la naturaleza y autoridad de las prescripciones dadas tomando como base el modelo analítico. La segunda, es la teoría del valor y distribución, y estudia el objeto y validez del conocimiento causal derivado de la Ley de la Demanda. Quedan fuera de este ámbito los esfuerzos por conseguir el conocimiento causal. Por razones que serán explicadas, dedico una parte dentro de este campo a la que llamo teoría dinámica. A la parte que queda, la llamo estudio empírico. No debe creerse que esto implica que el conocimiento estudiado en las anteriores partes no esté basado en la experiencia. Espero que los estudios que caigan dentro de esta cuarta rúbrica sean los más importantes para el futuro; pero, debido a mi posición de retaguardia, no podré decir mucho acerca de ellos. Deseo que la apreciación de las limitaciones necesarias al objeto de los otros tipos de conocimiento, pueda servir para estimular el nuevo trabajo empírico.

I. EL CRITERIO ECONOMICO

La línea de pensamiento que aquí hay que considerar tiene su origen en Adam Smith. La base de su fama reside en ser origen de ello, pues su aportación acerca de esta materia tiene mucha más fuerza y autoridad que su formulación especial de la teoría laboral del valor o sus especulaciones sobre las fuerzas determinantes de los salarios, beneficios y renta. Además, yo la concibo como el corazón de la economía clásica, con buenos títulos para tener prioridad so-

bre la teoría del valor y distribución a la cual los escritores más recientes, en razón de la creciente precisión de su formulación, han tendido a dar lugar de preferencia.

La contribución de esta sección de la teoría debe estudiarse bajo dos rúbricas: I) la selección del criterio en sí, y II) el mecanismo para contrastar hasta dónde los ordenamientos y prácticas existentes o propuestos cumplen su requerimientos.

El criterio puede definirse de una manera dogmática como sigue: Si un individuo prefiere la mercancía o servicio X al Y, económicamente es mejor que lo tenga. Igualmente, si el individuo prefiere el trabajo X al Y, o bien le molesta menos, es mejor económicamente que lo haga. El bien económico es, pues, el preferido. Si adoptamos el método del Profesor Robbins de examinar la estructura interna del pensamiento más que su formulación verbal (5), esta elección de criterio debe atribuirse a Adam Smith.

El acto de la elección puede considerarse bien como un descubrimiento o bien como una hipótesis, aunque hasta cierto punto participe de la naturaleza de ambos. Smith percibió que, por medio de la elección sería posible dar algún sentido a los confusos y contradictorios argumentos de los doctos en economía, y poner orden en aquel caos. Esta elección implicaba una visión científica de primer orden. Sus méritos pueden juzgarse por los frutos obtenidos.

Al estimar las instituciones y las prácticas y al hacer recomendaciones, el economista tiene en cuenta su criterio; es el regulador para lo bueno y lo malo.

Cebosos defensores del carácter científico de la economía se han mostrado dispuestos, especialmente en estos últimos tiempos, a definir la capacidad consultiva del economista de una forma un tanto diferente. Notando que en las ciencias totalmente desarrolladas las leyes causales tienen primacía de posición y de ellas resultan como corolario máximas prácticas, se han apresurado de manera poco juiciosa a asimilar la economía a esta categoría. Consecuentemente han sugerido que el economista, en su capacidad consultiva, debería declarar que una interferencia dada, conducirá a ciertas

(5) Véase "Nature and Significance of Economic Science", pág. 35-6.

consecuencias X, Y, Z... y entonces callarse, dejando a su cliente decidir si X, Y, Z... es el estado al que él quería llegar. Esta formulación está en contradicción manifiesta con la práctica real de los economistas. Si el metodólogo insiste en que esto *debería* ser su práctica real, va más allá de su zona propia que ya ha quedado definida. Esta formulación pide mucho y a la vez poco.

Pide demasiado, porque da una idea exagerada del poder de predicción del economista en la coyuntura presente. Pide poco, porque supone que su poder consultivo está confinado dentro de los estrechos límites de su poder predictivo. Más aún, tal formulación le haría presentar su información en forma no utilizable por su cliente.

Supóngase, por ejemplo, que esté estudiando un derecho de importación de trigo. Puede estar seguro de que esto será causa del alza del precio del trigo y del pan de trigo dentro del país. Sabe también que el impuesto afectará los precios de otros artículos, las rentas de varias clases, los cambios extranjeros y la moneda en circulación. Pero no puede expresar dichos efectos en términos cuantitativos y, en algunos casos, puede no saber la dirección de los movimientos que se producirán. Para saber esto, tendría que tener a su disposición leyes causales mucho más detalladas de las que tiene inmediatamente.

Pero aun pudiendo conocer todas estas cosas, su consejo puede todavía formularse en forma poco utilizable por su cliente. Habiendo oído el cliente todos los cambios en perspectiva, querrá conocer si en última instancia el estado de los asuntos es mejor o peor que el principio, y se encontrará incapaz de decidir por sí mismo si no le ayudan.

Recurriendo al modelo analítico, que luego describiremos, el economista puede llegar rápidamente a la respuesta requerida. Debe poder decir inmediatamente y con verdadera autoridad, que los individuos de la comunidad, en conjunto, estarán en peor situación aun cuando su poder de predicción del curso actual de los precios y rentas sea despreciable. Cualquier definición del alcance consultivo del economista que no reconozca esto, es irreal, y no hace justicia a la utilidad del economista, aun con sus limitados poderes actuales.

Las censuras sobre la propensión de los economistas a aconsejar proviene también de otra parte—a saber, políticos o moralistas. ¿Qué derecho, dicen, tienen los economistas para decir que debiera hacerse tal y tal cosa desde el momento que esto depende en parte de los fines que se busquen? Evidentemente el economista debe esperar hasta que el político le proporcione las conclusiones. Esta crítica no es válida.

El economista está autorizado por su criterio de preferencia individual. El político puede entonces decirle: "No estoy tan interesado en que los individuos alcancen lo que prefieran, como en que el país se baste a sí mismo. Lo que yo quiero saber es cómo conseguir esto". Pero existen un número infinito de formas de conseguirlo. ¿Cuál debe prescribir el economista? El político puede añadir: "Bien, quiero hacerlo de la forma más económica". Entonces el economista interpreta esto dándole el significado que, debido a la arbitraria condición de autosuficiencia, los individuos deben alcanzar lo que prefieran. Sin un criterio propio, no puede elegir entre la infinita variedad de posibilidades. Así, tiene que emplearlo, hasta cuando se le proporcione un fin específico (6). Utiliza su criterio lo mismo para dar consejo simple que para darlo cuando está sujeto al fin determinado que se le ha dado. Si fuese verdad que existe un sesgo latente ético o político cuando da un consejo simple, éste será igualmente cierto cuando aconseje acerca de los medios para conseguir un fin establecido por moralistas o políticos. Sin un criterio propio, sería un estúpido perfecto. Con él, puede dar consejo libre de sesgo ético, ya se le haya dado o no un fin específico.

Vayamos sobre nuestra segunda rúbrica de este campo del pensamiento: el mecanismo para contrastar cuando los requisitos del criterio han sido o no llenados. Aquí, nuestra deuda principal la

(6) La posición aún puede ser más compleja. Al economista puede solicitársele no absoluta suficiencia, sino un nivel más alto del conseguido anteriormente. Entonces estará capacitado para establecer la forma de alcanzar la mayor cantidad de ventajas económicas en conexión con cualquier nivel dado de suficiencia, y puede estar en condiciones de dar alguna idea de las tasas sucesivas del sacrificio económico implicado en la consecución de grados más elevados de su suficiencia.

tenemos con Adam Smith. El percibió que los complejos fenómenos de los mercados y los precios pueden considerarse como resultado de los esfuerzos de los individuos para informarse unos a otros de sus preferencias. Esta es la base del modelo analítico. El mantuvo, con razón, que el estudio económico surge del hecho de la división del trabajo. Robinson Crusoe dirige sus energías en relación con su plano de preferencias; no necesita consejo ajeno. Puede, desde luego, equivocarse en la dirección de sus esfuerzos por su ignorancia de la agricultura o la ingeniería; en esto puede corregirle sólo el técnico en dichas materias; el economista no tiene aquí tarea. La necesidad del economista surge de la división entre el productor y el consumidor.

Los economistas han construido un modelo en el cual los individuos se informan unos a otros de sus preferencias. (Puede ayudar al lector el considerar este modelo como la "teoría de la competencia perfecta", con tal de que toda referencia a la sucesión de los acontecimientos esté excluida de esta "teoría"). Para construir el modelo en forma que se corresponda con los fenómenos observados del mundo real, fué necesario un trabajo analítico de importancia. Las proposiciones importantes pueden establecerse en forma de verdades incontestables o tautologías, tales como que el precio de un artículo es igual a la suma de retribuciones de todas las personas que contribuyen a su producción o también si los servicios del mismo tipo tienen igual retribución en diferentes ocupaciones los precios de las mercancías serán proporcionales a la cantidad de servicios requeridos para su producción (7). La intuición intelectual que hay detrás de estas formulaciones es primariamente de clasificación. Desde luego, puede decirse que la mayor parte de la teoría económica tradicional consiste en clasificación. La clasificación es una actividad científica muy respetable de la cual no necesitan avergonzarse los economistas. Refiriéndose más a ella y menos a las llamadas "leyes" su concurso al estado científico, aunque más modesto, sería menos sospechoso.

El modelo es en cierto modo hipotético. Supone que activida-

(7) Más estrictamente, los precios de los artículos serán las sumas de las partes a , b , c ,... cargadas, respectivamente, a los servicios A, B, C... el valor de cada uno de los cuales será proporcional a la cantidad del correspondiente servicio utilizado.

des distintas pueden interpretarse como una indicación de preferencias. Por otra parte, está diseñado refiriéndose a los hechos de una situación, suponiendo, si es apropiado, que materias tales como la propiedad privada, propiedad privada de la tierra, desigual división de la riqueza, incluso tipos especiales de instituciones bancarias, organización de compañías, etc., y hechos como la notificación mutua, que se supone que busca, opera en tales condiciones.

Hay que destacar dos puntos. (I) Por medio del modelo podemos adquirir la visión del campo económico en conjunto. Esto es necesario para la prescripción. Puede diseñarse una legislación especial para asegurar este objeto específico. Todos los hombres razonables pueden desear saber, y esto es tarea del economista, cómo encaja esto con el fin principal para el que está destinado todo el mecanismo económico. ¿Hasta dónde este objetivo específico trabaja en contra o va más allá del fin general? (8). Esto puede estudiarse refiriéndose a la sinopsis analítica. (II) Nuestro derecho a interpretar los fenómenos observados como constituyendo la expresión de preferencias mutuas, depende en definitiva del análisis sobre la introspección. Un visitante de Marte que no supiese nada de la naturaleza del deseo, el fin y la voluntad, muy bien podría ser incapaz de establecer este lazo necesario; podría llegar al conocimiento de las secuencias causales, pero por falta de la necesaria interpretación, no podría aconsejar sobre la base de la sinopsis (9).

El modelo está relacionado con el criterio de preferencia por el principio, de que cuanto más efectivo sea el sistema de notificación mutua, más completamente podrán notarse las preferencias. Puede hacerse referencia al ejemplo de los impuestos de importación de trigo. Podemos conocer lo bastante de la organización existente sobre mercados para estar seguros de que esto será una

(8) Si yo lo interpreto bien, esto está de acuerdo con la opinión expresada por el profesor Robbins en su sección acerca de "racionalidad", en su sección de "The Nature and Significance of Economic Science". Véase también "Fundamental Thoughts on Economics", pág. 14, del profesor G. Cassel.

(9) Esta es, en principio, la posición a la que el profesor Cassel reduce a los economistas (suprimiendo) toda referencia a las facilidades que proporciona la economía. Véase "Fundamental Thoughts on Economics", págs. 66-70. En otro lugar, sin embargo, reconoce el papel fundamental desempeñado por la noción de necesidad, que es solamente otro nombre de la facilidad. Véase "Theory of Social Economy", vol. I, págs. 3-9 (Edición McCabe).

obstrucción a la efectiva notificación mutua. Inferimos que con la presencia de esta obstrucción, las preferencias tienen menos probabilidades de quedar aseguradas. La validez de esta inferencia depende de la corrección de nuestra interpretación de los procesos existentes de mercados.

Es independiente del conocimiento de cómo reaccionarán los individuos a la obstrucción (10) —refirámonos al curso consecuente de los precios, salarios, etc., lo cual tendríamos que conocer si tuviésemos que dar un estado total de las consecuencias antes de prescribir, pero que solamente podríamos saber si nuestro conocimiento causal fuese más completo de lo que es.

Hasta dónde se corresponden los hechos de la vida real con aquellos abortados por el modelo, es materia de observación y debería estar sujeta a un continuo contraste. Los economistas del pasado quizá fueron excesivamente ligeros al aceptar la correspondencia exacta. Sobre la base del supuesto y criterio de que el objetivo económico era conseguir la posición preferida, se exaltó la máxima del "laissez faire" y se permitieron gran cantidad de recomendaciones.

Estas pueden defenderse por lo menos negativamente. Una interferencia dada, a menos que esté específicamente diseñada para conformar el mundo real a una aproximación más ceñida al modelo, puede falsearlo. En este caso la referencia al criterio hace válida la posible condenación.

Más recientemente, se ha producido una tendencia a ir más allá de esta actitud negativa y a considerar que las interferencias deberían introducirse para hacer que el mundo real esté más de acuerdo con el modelo. Las recomendaciones de esta clase deben estar basadas en una observación vigilante del funcionamiento de las instituciones reales (pero no descansan sobre leyes causales o poderes predictivos).

Con respecto a esto, debe hacerse referencia a la formulación del Profesor Pigou, ya mencionada, de que el producto social neto marginal de recursos en distintas ocupaciones debería ser igual.

(10) En casos excepcionales, la naturaleza exacta de esta reacción pudiera ser importante. Nuestro modelo, considerado como la interpretación externa del mercado, debería avisarnos si hay alguna probabilidad de esto.

El tiempo me impide considerar las definiciones y clasificaciones necesarias para apoyar esto. Es condición necesaria, pero no suficiente para la realización del criterio, el que los individuos deban alcanzar lo que prefieran, y puede considerarse como una (parcial) exposición de él.

El hecho de que una gran parte de "Economics of Welfare" del Profesor Pigou consista en la estimación de las instituciones y propuestas según este criterio, evidencia que este pensamiento tiene aún realidad.

Recientes teoremas relativos, a "Competencia Imperfecta", los cuales, en mi opinión al menos, tienen una conexión intelectual directa con el Profesor Pigou al considerar los "increasing returns" según su criterio, parecen tener su valor principal, no en el reino de las leyes causales, sino como un intento de mostrar de una forma ordenada y sistemática de qué manera los mercados reales están falseados en su comparación con el modelo.

A pesar de estos interesantes adelantos, creo que es un peligro el que esta parte de la especulación económica, campo de sus más señeros triunfos en el pasado, pueda sufrir un inmerecido descuido, bien debido a la absorción de los economistas en intereses rivales o a su descorazonamiento por la destrucción del Libre Comercio. Una equivocada resistencia metodológica a dar consejos podría también contribuir en algo a ello.

El conocimiento de la interferencia del Gobierno hace que su función no disminuya sino que aumente. Oficialmente protegidos los esquemas de racionalización, los ordenamientos para la marcha semipública de los servicios, la política respecto al transporte por ferrocarril y carretera, ordenamientos de las Cámaras de Comercio, por no hablar de los arrebatados programas socialistas, todos ellos requieren vigilancia a la luz del criterio. Hasta cuando la política parezca violar el consejo que el economista debería dar (único en su clase), no le excusa de tomarse interés en el cumplimiento de su criterio sujeto a las arrolladoras demandas de la política. Puede opinar que no es el caso dar protección especial a la agricultura; en el aspecto de la política opositorista, tiene campo suficiente para criticar los arreglos introducidos para darle efecto. Si él pierde interés en este campo del pensamiento, el país

está muy expuesto a quedar a merced de un temible despilfarro.

Aún queda otro tema que considerar en esta sección.

El criterio de preferencia que constituye la base de la clase de investigación aquí considerada, fué expuesto en una forma que no implicaba la comparación de las demandas de distintos individuos unos con otros. Las preferencias puestas de manifiesto en el modelo de mercado, son de tal forma que un individuo dado, prefiere una enésima unidad de X a una emésima de Y. La necesidad de un individuo no está comparada con la de otro.

Aún así, se está tratando de hacer tales comparaciones. Por ejemplo, Marshall dice en los "Principios", que la utilidad marginal de dos peniques es mayor en el caso de un hombre muy pobre que en el de uno muy rico. Si tales comparaciones se admiten, parece seguirse lógicamente la recomendación de que se distribuya más uniformemente la renta. Da lugar esto a gran número de recomendaciones no basadas en nuestro criterio original.

La objeción a esta ampliación del campo de prescripción, puede basarse en dos argumentos:

(I) Puede argüirse que el economista sale fuera de su propio campo "científico". El Profesor Robbins insiste mucho sobre este punto. Cuando la enésima unidad de X tiene una utilidad mayor o menor que la enésima de Y para un individuo dado puede ser objeto de un contraste, a él se le puede conceder la elección. Pero no existen medios científicos de decidir si la enésima de X tiene mayor o menor utilidad para el individuo P que la emésima de Y tiene para el individuo Q. La elección nunca puede suponerse. Esto implica que de hecho no podemos decidir si dos peniques tienen más utilidad para un millonario que para un mendigo. Aún así podemos tener una sospecha artera. Pero esto, se nos dice, no es "científico" por falta de comprobación. Esta objeción será de mucho peso si la economía en sí fuese una ciencia madura y exacta. Pero de hecho, estas consecuencias fuera de un campo limitado estuvieron de tal forma bloqueadas en todas partes por materias

que admiten sólo la conjetura, que posiblemente resultaría ridículo para un economista emprender este camino (11).

Πεπαιδευμένου γάρ ἐστὶν ἐπὶ τοσοῦτον ἀκριβῆς ἐπιζητεῖν καθ' ἕκαστον γένος, ἐφ' ὅσον ἡ τοῦ πράγματος φύσις ἐπιδέχεται.

¿Podemos permitirnos desechar este claro descubrimiento del sentido común? Desde luego hay que tener gran cuidado en no llevar el asunto demasiado lejos. Como la evidencia es vaga no debemos ir más allá de lo que permita el sentido común.

No es por completo cierto que la diferencia entre las prescripciones de los economistas clásicos y aquellos de, los llamaré así, la escuela del bienestar, sea tan grande como supone el Profesor Robbins. No hay duda de que la utilidad marginal de dos peniques para un hombre dado en un momento dado y en otras circunstancias dadas, es menor si tiene 1.000.000 de libras al año que si tiene 25, porque gastará las 25 libras en cosas que prefiera por un penique de costo a las cosas en las que gastaría las restantes 999.975 libras. El último postulado de que los 2 peniques tienen menos utilidad para un millonario que para el hombre que tenga 25 libras por año, está basado en cierta clase de supuestos acerca de la igualdad de los hombres respecto a sus necesidades las cuales no deben llevarse demasiado lejos. Pero también los emplean las prescripciones favorables a los mercados libres. Porque los individuos que ganan con la apertura de un mercado son muchas veces diferentes de aquellos que sufren alguna pérdida. Estúdiense la derogación de las Corn Laws. Estas tendieron a reducir el valor de un factor específico de la producción —tierra—. Puede, sin duda, mostrarse que las ventajas de la comunidad en conjunto excedían a la pérdida de los terratenientes —pero sólo si los individuos eran tratados en algún sentido como iguales—. De otro modo, ¿cómo podría la pérdida para algunos —y que existiría una pérdida difícilmente podría negarse— compararse con la ganancia general? Si la incomparabilidad de la utilidad para diferentes individuos se admite estrictamente, no solamente quedan excluidas las prescripciones de la escuela del bienestar, sino cualquier prescripción. Como consejero, el economista queda completamente anulado y, a menos que se consideren

(11) Aristóteles: "Ethica Nicomachea", 1094b. Puede esperarse que una persona instruida obtenga en cada rama del estudio la precisión que la naturaleza del mismo le permite.

sus especulaciones de un valor estético superior, lo mejor sería que se le suprimiese completamente. No; hay que suponer alguna clase de postulado de igualdad. Pero debería estar cuidadosamente estructurado y emplearse con gran precaución, siempre sujeto a la condición "a menos que pueda mostrarse lo contrario". En el caso de los argumentos del mercado libre no hay generalmente una característica especialmente asignada a los beneficiarios de la restricción aparte de que son beneficiarios. En el caso de la distribución desigual de la renta existen muchas características especiales de los ricos como una clase a la que hay que conceder consideración.

(II) Una objeción puede hacerse en un plano general, que me parece de más importancia. La distribución de la renta está íntimamente ligada con el equilibrio de las fuerzas políticas y sociales cuyo estudio está fuera del campo del economista. Al hacer aquí prescripciones sabe muy bien que hay otras consideraciones a más de las económicas. Esto no quiere decir que deba evitar todas las cuestiones relacionadas con complicaciones políticas, porque otra vez se encontraría casi anulado. Los intereses más caracterizados pueden asentarse en alguna ayuda política. Es cuestión de grado y sentido de proporción.

Podría aún exponerse que, como la redistribución es una materia económica muy ampliamente tratada, el economista puede muy bien dejarla, porque no puede más que reforzar en lenguaje técnico un argumento ya del público. Los proyectos de redistribución, sin embargo, pueden tener complicadas ramificaciones que el economista está especialmente calificado por su preparación para tratar. Por ejemplo, en su "Public Finance" el Profesor Pigou ha publicado muy elaborados los principios y consecuencias de un sistema de impuestos redistributivos. Puede decirse con seguridad que este trabajo habría sido imposible realizarlo a cualquiera que no fuese un economista muy bien preparado.

II. TEORIA GENERAL DEL VALOR Y LA DISTRIBUCION

(*Teoría Estática*)

Podemos ahora internarnos en la zona que gradualmente ha ido considerándose como dominio especial del economista teórico. Aquí es donde encontramos las leyes relativas a la sucesión de fe-

nómenos, que exigen un alto grado de autoridad y en los que se basa la predicción.

No está del todo claro por qué esta parte del pensamiento se ha elevado tanto. La complicación parece haber empezado con Ricardo. Escribió: "En los diferentes niveles sociales las proporciones del producto total de la tierra que se adjudiquen a cada una de estas clases, con los nombres de renta, beneficio y salarios, serán esencialmente distintas... determinar las leyes que regulen esta distribución es el problema principal de la Economía Política (12). ¿Por qué es este el problema principal? No se nos dice.

El método para actuar es tomar ciertos elementos en la situación como dados —a saber las listas de preferencia de los individuos por bienes y servicios, los términos en los que gustosamente contribuirían a la producción y el estado actual de la tecnología— y tomar otros elementos como desconocidos— los precios de todos los bienes (artículos) y de los factores de producción, las cantidades de mercancías que van a ser producidos los factores que han de emplearse y los métodos precisos de producción. Si los elementos tomados como conocidos lo fuesen de hecho, sería posible considerar algunas ecuaciones que expresasen alguno de los desconocidos como funciones de los otros. El objeto de este procedimiento sería proporcionar los medios de mostrar cómo los cambios en los datos fundamentales, deseos, etc., gobernarán el curso de los acontecimientos.

Considero que la consecución intelectual más notable de esta parte es la clasificación de los factores de producción, preliminar necesario para la formulación de las ecuaciones. (Esta clasificación ha demostrado ser muy útil al elaborar el modelo analítico ya estudiado.) También está el análisis de la contribución del capital a la producción considerando que consiste esencialmente en la espera. Está todo el trabajo concerniente a la relación entre los costos directos y los generales de administración. La llamada ley de la renta ha hecho surgir dicotomías muy interesantes. El concepto de beneficio, como una remuneración por destreza y discernimiento, se ha hecho muy preciso. El Profesor Knighth ha volcado raudales de luz

(12) "Principles of Political Economy and Taxation", Prefacio, pág. 1.

sobre la relación del beneficio con la de incertidumbre, aunque aún quedan dudas. Mientras tanto, Keynes ha emitido otro concepto "sacrificio de la liquidez" para que el que se propone encontrar un puesto, como factor independiente; necesita subsiguiente elaboración y su relación con el concepto general incertidumbre, requiere una definición precisa.

Estos conceptos se aplican y sus valores se expresan como cantidades desconocidas en cierto número de ecuaciones funcionales. Estas relacionan las demandas de las mercancías consideradas como funciones de los precios de las mercancías, con las cantidades de factores que intervienen en la producción de artículos como funciones de los precios de los factores, y con las cantidades de factores sobre la oferta considerados como funciones de sus precios. Hay que considerarse satisfecho si hay tantas ecuaciones como cantidades desconocidas.

Pero enseguida tropezamos con la dificultad de que las materias tomadas como conocidas a causa del razonamiento, no lo son en realidad. Podemos destacar que la cantidad de mercancía demandada depende de su precio y de los precios de otros artículos. Pero eso no nos conduce muy lejos a menos que conozcamos la ley precisa de dependencia. Sólo podemos decir que aquí debería haber una ecuación y que si esta pudiese transcribirse con otra serie de ecuaciones, estaríamos en condiciones de determinar el valor de lo desconocido y el efecto sobre ellos de cualquier cambio especificado. Pero en realidad no tenemos esas ecuaciones, sino solamente cierto número de patrones en blanco, que no son más que aspiraciones a conseguir tales ecuaciones.

Si aquí terminase la cosa, esta parte de la teoría no produciría leyes causales ni tendría poder ninguno de predicción. La situación no es tan mala. En este momento es cuando se trae a colación la Ley de Demanda y con su ayuda podemos decir algo sobre las ecuaciones de la demanda. Decimos que tendrán esto en común, la cantidad demandada de un artículo será menor cuanto más alto sea su precio (13). Aún así somos incapaces de formular con precisión las ecuaciones de la demanda, pero ya tenemos esta pieza ge-

(13). Aquí puede haber excepciones: ver Marshall, "Principles of Economics" (8.^a edición), pág. 132.

neral de conocimiento acerca de su estructura. Teniendo esto en cuenta y también suponiendo que las otras ecuaciones relativas a la oferta y a los métodos productivos *no son de estructura muy rara* (14), se hacen posibles predicciones limitadas respecto a la dirección, aunque no al valor cuantitativo de las variaciones consiguientes, correspondientes a un cambio en los datos fundamentales.

¿Cómo volvemos sobre esta Ley de la Demanda? Estamos ciertamente en el centro de la teoría económica tradicional. No creo que esto esté basado en la observación de los mercados en el sentido ordinario. Aquí opera la confusa influencia de muchas fuerzas, y, aunque los diagramas de dispersión pueden dar una ligera idea de la ley, la aplicamos con una idea de seguridad mucho mayor de la que estos permiten.

Consideremos la Ley de Utilidad decreciente. ¿Está basada en algún principio sico-fisiológico, la reacción decreciente al estímulo? ¿La principal parte constructiva de nuestra teoría está basada en una generalización sacada de otro sitio, la comprobación de la cual depende de las observaciones realizadas por otros? Yo no lo pienso. Yo creo que la cuestión es sencilla.

Sucede que aquí hay un axioma previo, basado no obstante en una forma indirecta de observación. En los mercados nos encontramos con mercancías divisibles en partes. Las partes son homogéneas en un aspecto —el uso que de ellas puede hacerse—. Las partes pueden emplearse separadamente. Cada ocasión para su empleo tiene su importancia peculiar. No es probable, salvo casos excepcionales, que cada ocasión tenga la misma importancia. Esto es todo lo que se requiere para la ley de la utilidad decreciente. Si la oferta se restringe, su empleo quedará limitado a las ocasiones más importantes. Esto parece más general e independiente que la ley de la reacción decreciente a los estímulos. El axioma surge inmediatamente, por una parte, por la homogeneidad y la heterogeneidad.

(14) Es posible que el punto crucial del argumento en virtud del cual Keynes introduce dudas sobre las consecuencias que corrientemente se suponen aparecen cuando surgen ciertos cambios y se tome como base la teoría del valor, es su demostración de que las células de oferta real de los factores primarios tienen debido a que la oferta real se expresa en dinero, precisamente la estructura accidental requerida para invalidar el razonamiento.

Que se encuentran juntas en los objetos intercambiables se conoce por la observación, últimamente por la introspección y el supuesto de que otros seres existen y tienen un estado de conciencia semejante al nuestro. La existencia de la ley explica cómo es posible hacer predicciones tomando como base ocupaciones que parecen y pretenden ser independientes de la investigación económica detallada.

Con ayuda de la Ley general de la Demanda seremos capaces de predecir algunas consecuencias inmediatas producidas por los cambios en los datos fundamentales. Pero no podemos llegar mucho más lejos. A falta de un conocimiento cuantitativo más preciso, pronto caemos en las posibilidades alternativas.

Siendo esto así, el próximo paso debería ser la obtención de conocimientos más exactos. Estos deben proceder de la investigación empírica. Pero en cuanto abandonamos el terreno firme de la Ley de la Demanda en su forma general, nos enfrentamos con los aterradores problemas que presentan los movimientos y cambios en la escena económica con su pluralidad de causas y su imposibilidad de experimentación. Investigadores tales como el doctor Schultz (15) han hecho esfuerzos heroicos para obtener Leyes de Demanda cuantitativas, y el profesor Douglas (16) ha atacado otras partes de la estructura de las ecuaciones. Se han obtenido resultados interesantes y pueden esperarse más.

Si esto es realmente el corazón y el centro de la ciencia económica, deberíamos poner a la disposición de tales investigaciones todos nuestros recursos. Pero ¿es esto efectivamente así? Volvamos al *obiter dictum*, de Ricardo. ¿Puede esto justificarse?

Puede aventurarse que ha habido una cierta concentración en el desarrollo de esta parte de la teoría pura, precisamente porque, hasta un cierto punto, era posible proceder en virtud de la deducción de nuestro axioma de la demanda. Pero cuando vamos más allá de este punto son necesarias hipótesis sobre las posibilidades alternativas, y, aunque con ayuda de las matemáticas pueden forjarse complicadas cadenas de deducción, la base sigue siendo hipotética. No parece probable que el poder predictivo en la teoría del valor pueda

(15) Ver "Statistical law of Demand Suply".

(16) Ver "The Theory of wages".

mejorarse, salvo que por observaciones empíricas sea posible rellenar los espacios en blanco de las ecuaciones con datos cuantitativos.

Esto puede hacerse. Debe subrayarse que los resultados obtenidos, tendrán, a lo más, un grado no muy elevado de probabilidad. Aún así, debe decirse que si las ecuaciones reales pudieran sustituir a las actuales formas vacías, aun en el caso de que las primeras fuesen conjeturales y aleatorias en extremo, la economía estaría en camino de aparecer como una ciencia de la naturaleza, cosa que no ocurre en el presente. Sólo abandonando la aspiración teológica a la certeza, y concediendo explícitamente un ancho margen al error, puede la economía rehazar la carga de escolasticismo y aspirar al status científico.

Hay que añadir: la adopción de la preferencia individual así como el criterio de contrastar ordenamientos ha probado ser conveniente para alcanzar una ordenación sistemática del pensamiento. Formulaciones incompletas pero válidas tales como el principio de que el producto neto social marginal de los recursos productivos debería ser igual, podría emplearse para contrastar los ordenamientos existentes. Puede diseñarse un modelo, parecido a nuestro sistema económico, en el que los individuos se notifiquen unos a otros sus preferencias. Pueden eliminarse las interferencias no tomándolas en cuenta. De forma alternativa las interferencias pueden proyectarse de manera que hagan que nuestro sistema económico se adapte más estrechamente al modelo. Ambos modelos arrancan y son dependientes de una meticulosa observación de la marcha actual de nuestros sistemas. Es de señalada importancia que esta parte de la función del economista no caiga en desuso.

Las leyes causales de la teoría estática, son deducibles de la Ley de la Demanda. Esta está bien basada en una amplia experiencia; no necesita comprobación; los intentos ulteriores para hacerlo, nada podrían añadir a la seguridad con que la aplicamos. Pero las leyes tienen una forma muy general, y sobre ellas puede basarse muy poca predicción, tampoco son la fuente de las recomendaciones de la economía tradicional. Leyes más específicas, deberían estar basadas en la investigación empírica detallada y serían muy conjeturales. Mientras haya gran interés en este trabajo empírico, no se ve claro

que este sea la vía principal para los adelantos futuros; pero si no ha de ser la teoría general del valor debería quedar desplazada de su posición central.

III. ECONOMIA DINAMICA

No existe razón por la que la investigación de las leyes causales deba limitarse a aquellas propuestas que puedan derivarse de la ley de la demanda. Debemos esperar que los progresos futuros caigan fuera de este ámbito.

Del extenso campo de las probabilidades elijo para la primera consideración una parte, para la que propongo el nombre de economía dinámica. Al usar esta terminología, me doy cuenta de que estoy partiendo de una costumbre reciente. Ha existido la tendencia de usar con amplitud la palabra para cualquier serie de generalizaciones que caigan fuera de la economía estática. Ha sido usada más específicamente para el estudio de la influencia de las expectativas —aunque éstas pueden encontrar su expresión completa en un sistema de ecuaciones estáticas— y también para el estudio de desplazamiento en el tiempo en proceso de ajuste a una nueva condición estática. Todos estos estudios tienen su lugar propio.

Creo que debería haber, al mismo tiempo que una teoría estática, un conjunto de leyes relativas al aumento (disminución) de las magnitudes económicas, y que, con ayuda de unas pocas generalizaciones, empíricas de gran autoridad aunque algo menos que la de la Ley de la Demanda, podría ser posible sin más construir dicho conjunto de leyes. Yo concibo la analogía entre la relación de dinámica y estática en la mecánica, y la de esta rama de la economía con la teoría estática que es mucho más íntima que aquella implicada en los usos recientes de la palabra dinámica en la economía. Mientras el precio del equilibrio determinado por el mantenimiento de un flujo regular de la demanda y oferta corresponde a un estado de descanso, habría que formular nuevas ecuaciones para determinar los movimientos regulares de las magnitudes económicas por la influencia del crecimiento de la población, ahorro, etcétera.

Esta manera de pensar no es nueva desde luego. Los economistas

clásicos concedieron gran importancia a las tendencias de la renta a subir y de los beneficios a descender. Tales consideraciones no faltan en Marshall. Pero las generalizaciones de esta clase han ido perdiéndose de vista debido, tanto a su carácter conjetural, como a la formulación más precisa de propuestas estáticas con una apariencia matemática. La existencia de esta formulación, ha tendido, a su vez, a llevar a los teóricos del ciclo y dinero interesados en el cambio como tal, a considerar los fenómenos que estudian en términos de paso de un equilibrio estático a otro. Yo creo que les ayudaría mucho el considerarlos como desviaciones, u oscilaciones respecto una huella de crecimiento, pero sólo pueden hacerlo efectivamente si las leyes que gobiernan la demanda están formuladas con tanta precisión como lo están las leyes estáticas. Necesitamos un sistema de ecuaciones fundamentales que empleen supuestos simplificadores—véase la superficie sin fricción, etc.— en la cual la tasa de aumento figurará como término desconocido.

Una razón para construir desarrollos siguiendo estas líneas es la condición no satisfactoria de la teoría del interés en la economía estática. No me refiero ahora a los resultados alcanzados por Keynes en su importante estudio de la naturaleza dualista del suministro del capital (espera y sacrificio liquidez), sino a una dificultad más fundamental (17). Utilizando las suposiciones requeridas para la determinación estática del precio —a saber, persistencia de gustos, tecnología y oferta de factores no cambiados— la demanda para nuevo ahorro a una tasa dada de interés es cero, porque en tanto las condiciones fundamentales y el equilibrio se mantengan, el volumen y el método de producción deben quedar incambiables. Para decirlo en otras palabras, las ecuaciones estáticas determinan el

(17) Lamento que no sea posible, dentro de los objetivos de este artículo, se pueda considerar, desde un punto de vista metodológico, la gran contribución recientemente realizada por Keynes. Mi división en secciones fué una necesidad producida al tener que referirme a la economía como un todo, y su contribución, aunque internamente es muy coherente y constituye una estructura unificada, pertenece, en parte, a todas mis divisiones, por los que una discusión total podría no ser importante, y aumentaría indudablemente la longitud del trabajo. Ver *Econométrica*, enero, 1937. R. F. Harrod, "Mr. Keynes and Traditional Theory".

precio del *capital* y la cantidad de él que hay que utilizar. Es la cantidad del capital en uso la que, con la cantidad de tierra y de trabajo, queda incambiada a través del mantenimiento de un equilibrio dado. Pero si la cantidad de capital en uso es la misma, la tasa de ahorro es cero. Tengo la impresión de que los escritores, que no son muy cuidadosos, tienden a dar una dimensión equivocada a este punto y suponen que las "Leyes de la oferta y la Demanda" (teoría estática) pueden determinar, no la cantidad de capital, sino el total de ahorro —por ej. la tasa de aumento en la cantidad de capital a un nivel dado (18).

Que es posible alcanzar conclusiones interesantes tomando como base el supuesto estático de no ahorro, puede verse en el artículo de la señora Robinson acerca de "The Long Period Theory of Employment". El aspecto paradójico de este ensayo podría deberse precisamente a su estricta adhesión al supuesto estático. El hecho de que ella nos lleve a considerar con propiedad el verdadero efecto de samente a su estricta adhesión al supuesto estático. El hecho de equilibrio alcanzado solamente cuando todo el ahorro sea cero, sugiere que sería más expeditivo abordar el problema más directamente. En el caso de una sucesión de equilibrios estáticos, necesitamos el concepto de movimiento bajo la influencia de fuerzas operando invariablemente.

Las leyes gobernarán la relación entre, y determinarán la mutua consistencia de, las tasas de aumento de las distintas magnitudes

(18) Podríamos imaginar un estado estático de la siguiente forma: La gente ahorraría de sus ingresos ganados en los primeros años e invertiría en rentas vitalicias sumas tales que harían subir sus ingresos a una cantidad tal que hiciera bajar su utilidad hasta igualarse con la tasa de interés. Entre tanto, la tasa de interés se fijaría a un nivel crítico, suficiente para hacerles actuar sobre su intacto capital heredado con un trato malo para sus herederos. En estas condiciones, y en el supuesto de una distribución estacionaria por edades, el ahorro sería igual a cero.

Si la consideración que les merecen sus herederos es la misma que se merecen ellos, con una tasa positiva de interés, y suponiendo que no se ha alcanzado el estado de Bliss descrito por Ramsay en su artículo tan conocido, habría ahorro positivo, y los supuestos de la teoría estática serían inconsistentes. De forma análoga un estado socialista en condiciones estáticas procuraría el ahorro positivo.

—por ejemplo, población trabajadora, poderes técnicos, cantidad de capital, capital circulante (*circulating medium*) etc. Es necesaria alguna fundamentación empírica. El simple estudio de las relaciones mutuas no producirá mucho, porque existe una infinita variedad de posibilidades. Pero tengo la impresión de que unas pocas leyes empíricas básicas, de generalidad no muy inferior a la de la Ley de la Demanda en la estática, pueden producir, en conexión con el estudio de las implicaciones mutuas, una complicada estructura de teoría deductiva.

Puede encontrarse un ejemplo de una generalización empírica básica, en la propuesta adelantada por Keynes en su reciente trabajo, de que a una tasa dada de interés la gente ahorrará un total mayor de una renta mayor. Podríamos llegar más allá si pudiésemos establecer —pero esto es quizá demasiada audacia en los primeros pasos— que la gente ahorra en mayor proporción de una mayor renta. Ambas propuestas evidentemente están abiertas a la contrastación empírica. Estarán sujetas a la cláusula “*ceteris paribus*” respecto a la distribución de la renta y ordenamientos institucionales, pero, probablemente, no debilitarían su gran utilidad científica. El trabajo estadístico de contrastación que se precisa es sin duda sustancial, pero ligero si se compara con el que se requiere para llenar los patrones en blanco de las ecuaciones de la teoría estática. Los fenómenos son mucho más aptos para la consecución de resultados dignos de confianza en este campo que en el de los modelos estáticos de oferta y demanda. El crecimiento de facto de la sociedad ayuda al primero, mientras que entorpece el último tipo de encuesta estadística.

¿Puede excusárseme el que toque una teoría en la cual creo que tengo ciertos derechos de propiedad? *Sujeto, desde luego, a las corrosivas investigaciones de los historiadores del pensamiento.* Si es verdad que el factor más importante de los que gobiernan la demanda de nuestro capital es la tasa de crecimiento del sistema, y que el factor más importante de los que gobiernan su oferta es el tamaño absoluto del sistema, entonces, teniendo en cuenta el axioma de que la demanda debe ser igual a la oferta, debían seguirse multitud de conclusiones interesantes. Las premisas conteniendo esas relaciones matemáticas peculiares serían seguramente un regalo precioso im-

posible de cualquier comparación, para los economistas de propensión matemática en la busca de nuevas conclusiones. Me atrevo a decir que si, cuando la teoría ciclo pueda ser establecida sobre fundamentos firmes y acordes, no se considera que esas relaciones tienen una significación causal central, quedaré confundido.

IV. ESTUDIOS EMPIRICOS

Llego ahora a la sección más dificultosa, más experimental y, al mismo tiempo, la más importante; la busca de leyes causales fuera del reino de las deducciones sacadas de la Ley de la Demanda o de las simples leyes del crecimiento.

Habiendo tendido antes a disminuir la significación causal de la teoría del valor y de la distribución, desearía rendir tributo a la señalada importancia del trabajo de clasificación, no conseguido sino a base de mucha documentación y visión genial, que es el campo de trabajo de esta teoría lo mismo que la del modelo analítico. Es posible probar que es un instrumento valioso y a todas luces indispensable para ulteriores investigaciones, y el empirista más radical se sentiría incómodo si no pudiera emplearlo. En el trabajo de clasificación, incluyo las verdades incuestionables tales como la teoría cuantitativa del dinero y la del fondo de salarios las cuales sirven para dar precisión a los conceptos.

¿Cómo podría desenvolverme sin guía en esta zona? Llegados a esta fase no debería haber disputas sobre cuestiones de principio. Por una parte, para cada proposición que significase una relación con la sucesión de acontecimientos, debe ser posible apuntar a la evidencia empírica. A cualquier intento de tomar aires de superioridad puede hacerse frente diciendo que, si falta la evidencia empírica, la propuesta no puede ser más que una definición de los términos que emplea. Por la otra, debe concederse atención a la mutua consistencia de las generalizaciones, y cada una de ellas debe valorarse de acuerdo con la extensión en que contribuya a hacer el conjunto del sistema más coherente.

Podría diseñarse una clasificación metódica sabiendo cómo emplea su día el investigador. Está la meditación; la aplicación de la

técnica estadística a todo el material estadístico ya disponible que puede requerir mucha elaboración e investigadores que le ayuden; el trabajo en el campo para la compilación de estadísticas recientes; está también el trabajo de campo para obtener un conocimiento más íntimo de cómo trabajan las instituciones y de los motivos que gobiernan su conducta. Puede decirse, sin temor a equivocación, que todas esas clases de actividad tienen su utilidad; pueden considerarse como "factores" en la producción de verdad económica que hay que mezclar en la debida proporción de acuerdo con los principios generales de la producción; cuál sea esta proporción depende en parte de la destreza y temperamentos de los investigadores. Sólo añadiré que los ordenamientos institucionales en virtud de los cuales muchos economistas profesionales quedan encargados de la enseñanza y deberes administrativos, deben luchar contra la mezcla de penosas formas de trabajo estadístico y de campo. El remedio contra esto, ya en proceso de aplicación, es la asignación de investigadores idóneos de jornada completa y la provisión de un equipo adecuado de laboratorio y ayudantes eficaces. Puedo también hacer notar con satisfacción que el método estadístico del que dependen los avances económicos, ha desplegado recientemente una gran actividad bajo la influencia de adelantados tan distinguidos como el doctor Ragnar Frisch.

Hay, sin embargo, una diferencia fundamental entre la visión de los más y los menos empíricos. Consiste en una diferencia de juicio respecto la fuente más útil de pistas para el desarrollo futuro del asunto. Por una parte, están aquellos —creo que es correcto que estén representados por la opinión del profesor Wesley Mitchell— quien creía que las pistas son más fácil de obtener por el diligente escrutinio, ordenación y reordenación de los datos empíricos. Los hechos hablarán algún día por sí mismos. Con la observación paciente y continua, el investigador hallará la generalización conveniente que sobre él pesa. Por otra, hay quien cree que es más fácil encontrar las pistas inspeccionando las teorías existentes. Un atento examen de ellas pondrá de manifiesto los fallos, y en estos mismos pueden encontrarse las pistas que sugieran las nuevas generalizaciones que harán más coherente la teoría, o lograrán generalizaciones conducentes a una revolución como las que se da algunas veces en

la física. De forma más moderada, deben hacer hincapié en la observación, pero deben insistir que esta se lleve a cabo de acuerdo con la teoría existente para comprobar las hipótesis sugeridas por dicha teoría.

Ambas escuelas merecen nuestro cordial agradecimiento. Las consecuciones logradas son todavía demasiado exiguas para que podamos estar seguros de cuál es el método más apto para nuestro estudio.

Algunas veces se dice, que la mayor parte de las generalizaciones establecidas, se han alcanzado por el camino menos empírico. Pero yo creo que la gran fecundidad del modelo analítico al producir prescripciones válidas, ha oscurecido la extremada parquedad de nuestros conocimientos con respecto a las secuencias causales. Dos circunstancias militan al lado del método más deductivo. Una es la imposibilidad del experimento crucial. En las ciencias ya maduras que descansan principalmente sobre este método, tales como la física, o, para nombrar una recién llegada, la genética, el experimento crucial es de importancia central. La segunda es, que es extremadamente difícil contrastar las hipótesis, y nunca se someten a comprobación decisiva, y así cada hombre retiene a pesar de todo su propia opinión.

No quiero insistir demasiado sobre estas consideraciones, sólo lo suficiente para derribar la complacencia de los dogmáticos mantenedores de un método exclusivo. Para dar un ejemplo contrario, creo que en tanto que el desarrollo monetario y la "demanda de bienes capital" del ciclo se consideran como hipótesis "rivales" sugeridas por consideraciones teóricas, el curso de los acontecimientos en este país y en los Estados Unidos durante los últimos diez años, aumenta la probabilidad de la última. Sería posible deducir métodos estadísticos para aumentar la evidencia de esta indicación de la experiencia. Supongo que hasta el método más deductivo e hipotético debe quedar fortalecido por la verificación estadística.

Es un punto dudoso, si el método más radicalmente empírico ha sido tan estéril como se ha insinuado algunas veces. Para dar un ejemplo más bien trivial, la Ley de Gresham es de las que hablan por la experiencia. Aunque sea convincente la explicación teórica

ex post de los fenómenos, el proceso de su descubrimiento era más bien por observación que por hipótesis. De los estudios sobre ciclos, puede derivarse un ejemplo impresionante. Es una generalización aceptada que no posee la validez universal de la Ley de la Demanda pero sí una autoridad e interés sustanciales, que en los momentos de auge de la producción los precios tienen tendencia al alza, y en los de depresión a la baja. Puede decirse con seguridad que esto no podría deducirse de las propuestas de la teoría estática ni de aquella parte de la teoría monetaria deducible de ellas. Los precios en descenso se deberían considerar junto con un probable acompañamiento de un aumento de la producción, y viceversa. La generalización es un resultado directo de la observación, un ejemplo excelente de los hechos hablando por sí mismos. Y, si las explicaciones teóricas han sido posteriormente ligadas a ello, esto no debe oscurecernos la verdadera fuente de nuestro conocimiento. Si los datos observados en bruto pueden producir bocados apetitosos de esta clase, ¿no podemos esperar legítimamente que cuando estén sujetos a un trato estadístico refinado darán frutos más sazonados? Todavía es necesario relacionar de forma ordenada tales generalizaciones con otras y con las que tienen un origen más deductivo.

Habiendo hecho esta argumentación para el empirista más radical, concluiré mencionando uno o dos tipos de investigación sugerida por el estado actual de la teoría. Si no hago mención a otras ahora en camino, espero que se entienda que no es porque las considere poco importantes, sino por falta de espacio y porque lo anterior me ha saltado antes a la vista.

Recientemente se ha concedido mucha atención a la importancia de las expectativas respecto al futuro para determinar las acciones presentes del individuo, y la débil base de conocimiento sobre el que está obligado a realizar su expectativas. La especulación sobre las consecuencias de esto surgen directamente de las consideraciones teóricas.

La ignorancia respecto al futuro conduce al agente a una dependencia imperfectamente racional de la experiencia anterior, especialmente de su última experiencia. Sobre esta base, resulta razonable hacer la hipótesis de un desplazamiento en el tiempo entre ciertos ajustes. Introduciendo un desplazamiento sistemático, puede darse

la demostración matemática de que debe resultar una oscilación en la conducta. En su interesante sobrevisión en "Econometría" (19), el doctor Timbergen estudia cierto número de hipótesis de esta naturaleza.

La contrastación estadística, puede llevarse a cabo partiendo de dos fines. Por un lado puede ser posible contrastar el desplazamiento especial supuesto en las dos series estadísticas. Por otro, el ciclo matemático deducible del supuesto desplazamiento puede compararse en cuanto a sus características especiales con el ciclo real. Podría esperarse que con los datos ya disponibles, la determinación de desplazamientos por esta forma empírica pudiera darnos una teoría del ciclo que fuere auto consistente y consistente con las más amplias generalizaciones de la teoría, y estaría sujeto a una contrastación empírica para ambos fines. Apoyados en estas contrastaciones, ¿con qué grado de confianza podríamos pedir a los legisladores que tomasen medidas convenientes? Puedo añadir que el marco de las ecuaciones dentro del cual las hipótesis de desplazamientos deberían aplicarse, son las de la economía dinámica. Esto proporciona otra razón para desear que se haga de ellas formulación rápida y precisa.

Ahora paso a un tipo de trabajo empírico totalmente diferente. Las consideraciones generales, sugieren que el empresario actúa bajo la influencia de ciertas fuerzas definidas. Cuando llegamos a examinarlas, resulta sorprendente hasta qué punto el empresario debe ignorar su valor exacto. Esto es evidente en el caso de gastos de capital, en donde las decisiones acerca de ello deben basarse en el pronóstico. Pero hasta la producción corriente queda determinada apropiadamente por la referencia con el valor de las pérdidas y ganancias de los fondos del cliente, y con los costos de uso (20), los cuales dependen del pronóstico. Y aparte del futuro, existen otras materias de incertidumbre. El proceder correcto en el campo de la competencia imperfecta—y esta es la mayor parte de todo el campo—presupone conocimiento de la elasticidad de la demanda. A pesar de ello hasta esta magnitud de importancia central, la cual con tanta

(19) Julio 1935.

(20) Ver J. M. Keynes, "General Theory of Employment", cap. VI.

volubilidad están dispuestos a tomar como dada los teóricos, es una más sobre la que están a oscuras muchos empresarios.

Teniendo en cuenta las nieblas de incertidumbre en la que está envuelto el empresario, nos ha parecido a algunos en Oxford, que la información valiosa sobre cómo debe conducirse, puede conseguirse por el método de la pregunta directa. Es deseable obtener una amplia muestra, y dirigir el cuestionario de tal forma que sea probable que el interrogado hable expresando su propio criterio. Elijo dos líneas de pensamientos como ejemplo:

I) La teoría puede suponer que el cambio en una cierta magnitud —por ejemplo, la tasa de interés— motivara un cambio definido en el proceder del empresario. Pero de hecho si sus márgenes de posible error, debido a la incertidumbre sobre varios factores son muy grandes, tal cambio específico, hasta cuando se conoce definitivamente, puede considerarlo como demasiado pequeño para que afecte a su tanteo. El método de la pregunta directa no parece absurdo para la obtención de información digna de confianza acerca de esto.

II) El empresario vive para la acción: hasta cuando ignora los datos de importancia, debe decidir el camino a tomar. Puede tomar cada una de sus decisiones por un acto independiente de juicio; son necesarias algunas reglas a dedo para la marcha eficaz de un negocio. En la ausencia de datos, las reglas deben ser suplementadas con consultas a la teoría estática. ¿Cuáles son? Esto también parece un problema de pregunta directa. Las generalizaciones pueden ser posibles y valiosas, incluso si están limitadas a ciertos tipos de industria. Por ejemplo, un trato irracional pero sistemático y consistente de costos de la empresa puede producir una regla de conducta significativa en el ciclo.

Creo que muy bien podemos estar en víspera de un gran adelanto en la teoría económica, que nos lleva totalmente fuera del ámbito de sistema estático de ecuaciones. La valía de los datos estadísticos, juntamente con las indicaciones que se encuentran en el ciclo de que la sucesión de acontecimientos está gobernada

por leyes aún no descubiertas, debería espolear la inventiva y el entusiasmo de todos los estudiantes interesados en los caminos de la ciencia. Podrán esperar, con razón, que cualquier día se haga la luz sobre alguna relación general valiosa, que satisficiera al intelecto y fuese capaz de producir grandes beneficios a la humanidad. La perspectiva es tentadora.

Animado por esto, el trabajador que se sienta economista, desechará con descontento las propuestas de relegarle a él al banal trabajo de mero catalogador. Ni probablemente tampoco deseará tomar una posición de amable subordinación al sociólogo o al antropólogo, como la señora Wootton ha sugerido recientemente. Demos honor a todas aquellas ramas afines de investigación del humano proceder. Creo que he indicado que el economista debería tener una visión amplia; deberá mostrarse muy atento a la posibilidad de obtener sugerencias, y a emplear los resultados de quienes trabajen en las proximidades de esta materia. Pero si el estado de una materia puede juzgarse por el número y amplitud de sus leyes generales establecidas sobre firmes cimientos, entonces, incluso adoptando mi modesto aserto, el economista puede reclamar sin insolencia que su materia está más madura que otros estudios sociológicos. Y puede añadirse que la valía y precisión de los datos a su disposición, insinúa que, próximamente, puede producirse otro avance en un amplio frente. La idea de que los investigadores en otras ramas de estudios sociales deberían ser requeridos para alentar a su necesitado hermano economista y guiarlo en su camino, debe, en interés de la honestidad intelectual, desecharse como presuntuosa y ridícula.

Para ciertas mentes puede parecer que en el campo de los estudios sociales, los investigadores que tratan de los valores humanos en términos directos, simples e inteligibles, son los miembros más útiles a la humanidad; pero no para las mentes bien informadas del progreso de las ciencias. Para alcanzar las leyes generales, es corrientemente necesario abandonar los rectos términos del sentido común, para sumergirse durante cierto tiempo en símbolos y cálculos misteriosos, en demostraciones técnicas y abstrusas, alejadas de la claridad, para salir, al fin, con una ge-

neralización que entonces puede transcribirse al lenguaje corriente.

Los humanitaristas celosos quizás se sientan impacientes de obtener resultados rápidos. Todos los hombres de buena voluntad pueden ver sin más dificultades que existen muchos errores respecto al mundo. ¿No podrían los sociólogos posponer sus abstrusos problemas intelectuales, que ejercen fascinación, sobre todo para ellos, y reunirse en una especie de "cachupinada académica" para hacer una lista de nuestros abusos y recursos conocidos, y llegar a un programa de reforma sobre una base de buena voluntad mutua? ¿Y no hacen, eso dice la crítica, sino enterrarse a sí mismos en una jerga ininteligible, porque temen, que si actúan según indican sus deberes más inmediatos, dañar intereses creados, e incurrir en el odio social y no poder así "hacer su agosto"?

La crítica concibe equivocadamente los deberes del investigador y la verdadera fuente de su poder de hacer el bien. Puede darse el caso de poder hacer mucho sin posterior conocimiento científico. Pero el sociólogo estará de acuerdo en que si no se enderezan los abusos conocidos no es por falta de conocerlos o por falta de hombres de buena voluntad. El puede no estar en condiciones de formular las leyes sociales o psicológicas por las cuales la sociedad se conserva en un equilibrio fatal de hostilidad interna. Pero su experiencia puede conducirle a sospechar que tal equilibrio no es fácilmente quebrable por la influencia de los acuerdos de una "reunión" académica. Ni tampoco tienen los academicistas el monopolio de la buena voluntad o del poder de expresarla.

Sólo por un camino puede el académico cambiar la forma de las cosas, y este es el de poner nuevos conocimientos sobre la arena. Con buena voluntad puede, en mayor o menor grado, colaborar con personas más prácticas en el asunto, y está en libertad de unirse a ellos en juntas políticas o en grupos de beneficencia. Su contribución específica es el ensanchamiento del conocimiento, y especialmente, del conocimiento de las leyes generales. La tarea del economista es ardua debido a la intratable naturaleza de

los fenómenos que tiene que estudiar, pero está mejor situado que otros sociólogos y si se hace sordo a los cavilosos, las consecuencias anteriores y su presente vitalidad pueden animarle.

R. F. HARROD